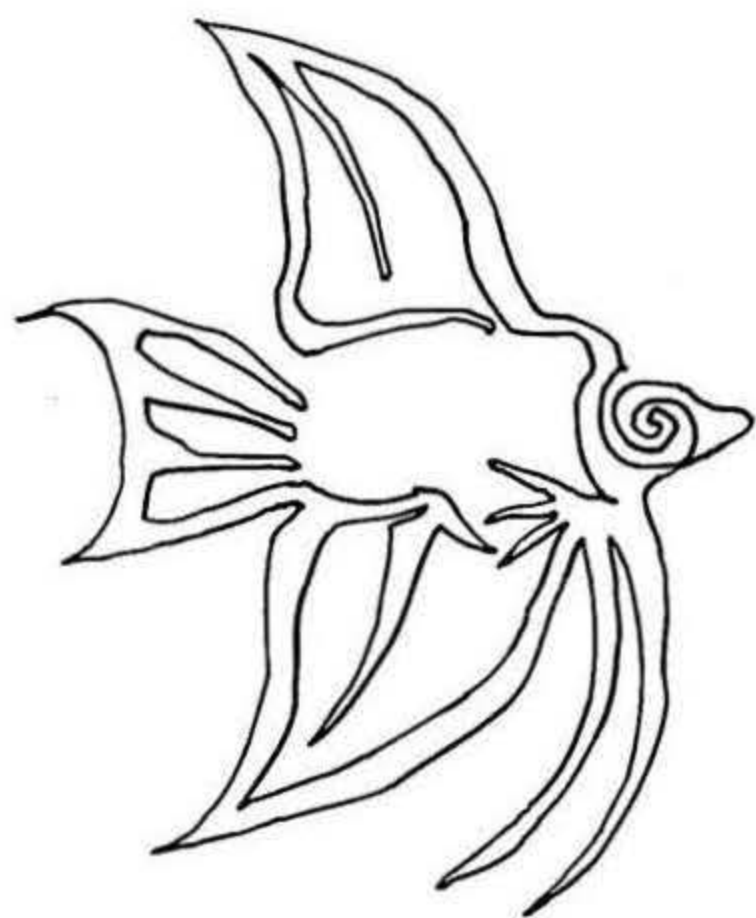


excrementos, nuestros movimientos irregulares y a veces torpemente acelerados. Como en la visión que nos ofrecen las antiguas *Kenningar* de los poetas nórdicos del primer medievo, el mundo cotidiano se presenta en su calidad más rara: la de la existencia, la del reclamo de ser, la de parecer tener forma... El mundo cotidiano... Lo habitual, lo *nuestro*. Dice Borges refiriéndose a una de esas *Kenningar* escandinavas, la que bautizó al brazo con la expresión "pierna del omóplato", que tal expresión es rara pero no menos rara que el brazo del hombre, ese apéndice que "se deshila en cinco dedos de penosa largura".



La poesía de Rojas Herazo —digamos *Las úlceras de Adán*— también atisban la rareza fundamental del mundo. Y es por eso que ella tiene una implicación social enriquecedora (implicación que —he querido decir— encuentro enfatizada en varios de los poemas nuevos de este libro, énfasis que —ahora sí— tal vez corresponda a la especificidad del poemario, si bien ya antes Rojas Herazo había incurrido en eso que fácilmente se llama la "poesía social"): estamos hechos (he pasado al "nosotros" que el poeta me propone; él habla —y sólo habla— del hombre) de comportamientos y actitudes sociales, de ganas por llegar a otros, de "amores" por otros, de odios hacia otros; pero todo ello se diluye y se autodesprecia en la conciencia de saber que esos otros nos son extraños, inalcanzables.

ÓSCAR TORRES DUQUE

Nuevas ganancias poéticas de Rojas Herazo

Las úlceras de Adán

Héctor Rojas Herazo

Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1995, 80 págs.

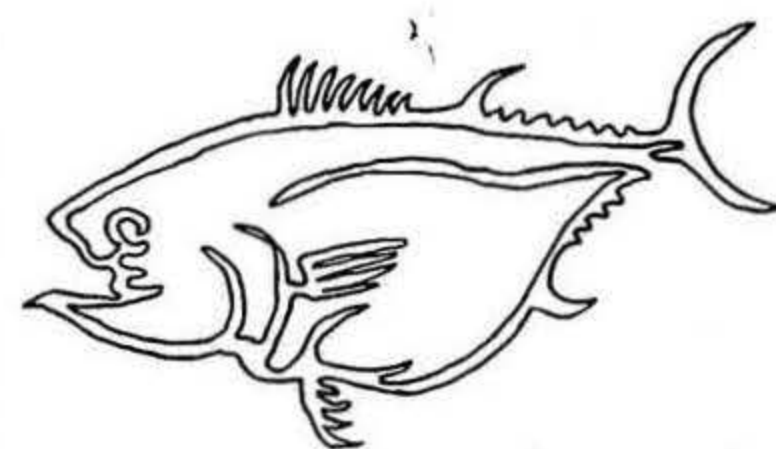
Tras 35 años de ausencia, Héctor Rojas Herazo, uno de los contados poetas colombianos, dueño de una voz inconfundible y un orbe poético personal, regresa al libro de poemas, inaugurando la Colección Poesía, del Grupo Editorial Norma.

Integrado por 33 poemas, 13 de los cuales habían sido publicados en 1976 como adelanto del libro *Infidencia terrestre*, *Las úlceras de Adán* es un "inventario a contraluz" de los asuntos que pueblan la poesía de Rojas: las noticias de ese animal precario y cotidiano, el hombre; la perenne afirmación corporal; los mitos clásicos vistos con nueva luz (Dios creado por Adán, el suplicio de Tántalo como plenitud y gozo), la cultura del trópico; la casa y los parientes; la muerte al acecho de las tripas y los huesos del hombre; la culpa; el enigma vital; el tiempo que consume la sed de vida; la creación artística y los creadores (Vallejo, Lorca, Agustín Lara, Van Gogh, Tamayo, etc.); las relaciones con la historia o el poder.

Anciano ante el espejo, título de uno de los poemas, podría servir como subtítulo al libro todo, porque éste es, en gran medida, el sabio diálogo de un hombre consigo mismo (o con el otro que va consigo), desde la conciencia desgarrada por la cercanía del lodo primigenio y por el doloroso descubrimiento del incontenible apagarse de la que fue creatura encendida, ascuas y luz, llama de amor viva.

No obstante, no hay amargura ante esta certidumbre (aunque sí cierto pavor ante este nuevo tiempo de gajos exprimidos, de horas concisas), porque el balance vital revela que al menos no se fue marioneta, nunca se estuvo del lado de la inautenticidad y aún queda la navegación final de la memoria, ese último arder vicario, esa otra intensi-

dad sólo posible si hubo fuego, fidelidad a la vida.



Entre las numerosas ganancias que *Las úlceras de Adán* incorpora al universo de Rojas Herazo sobresale "Segunda resurrección de Agustín Lara (Preparación para el bolero)", texto que funde narrativa, poema y ensayo para presentar una explicación mítica del bolero a partir de la vida, pasión, muerte y resurrecciones de Agustín Lara. Irónico, paródico, grotesco, delirante, surrealista y popular, este texto, especie de evangelio tropical, que es simultáneamente una indagación en la cultura del Caribe, lleva el lenguaje a una alta temperatura creativa que rebasa las constricciones de la gramática, constituyéndose en un hito saludable en ese país de filólogos silvestres.

ARIEL CASTILLO MIER

Pasajeros de la utopía

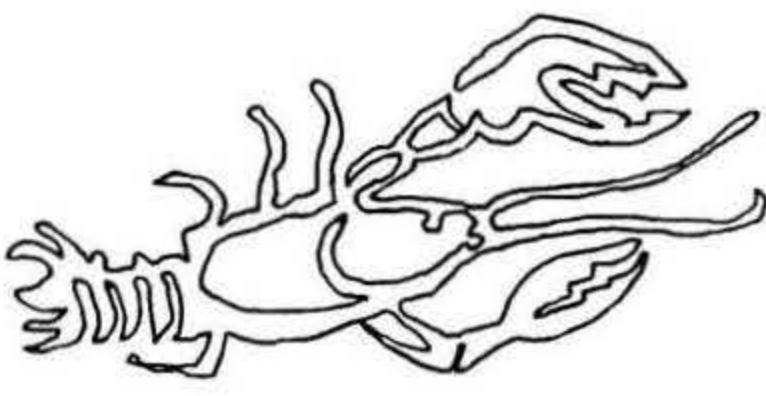
Pasajeros del viento

María Clara González de Urbina

Trilce Editores, Santafé de Bogotá, 1996, 98 págs.

La fabulación es, quizá, una de las mejores cualidades del ser humano. Bien porque la utilicemos para ser mejores a través de una utopía creada por ella (pensemos en el amor o en la felicidad), o bien para soportar una rastrera realidad que se presiente puede ser modificada con su auxilio.

La palabra, por supuesto, hace que nuestras fabulaciones descansen en algo concreto, algo real, y se puedan comunicar a otros para que existan, pues es bien sabido que no existen si no se des-

RESEÑAS		POESÍA
<p>lizan al oído del otro, al ojo del otro, y, por ellas, éste responda, afirmativo o no, a sus impulsos. Y es en la palabra, y sólo en ella, como el ser humano trasciende su miseria o su efímera gloria. Esto explica la importancia de la poesía en la cotidianidad del hombre, pues es con su presencia como podemos lograr las sensaciones más elevadas de nuestra necesidad de fabulación o de nuestra capacidad creadora.</p> <p>Conocimientos y sensaciones</p> <p>Son muchas las búsquedas que emprendemos para asirnos a la vida. Para derrocar el dolor del trono de nuestra existencia. O para hacer externo nuestro gozo por el amor o la angustia por su ausencia.</p> <p>Y una de ellas es la poesía.</p> <p>Y si esto es verdad, ¿qué conocimientos son aquellos que se transmiten en un poema? ¿O acaso no deben ser conocimientos sino sensaciones las que inundan el alma y nos hagan aceptar que la vida bien vale la pena soportarla o sentirla, antes que entenderla?</p> <p>[...] <i>¿Hasta cuándo la cacería de sueños sin destino?</i> [Búsqueda, pág. 17]</p> <p>¿Por qué ese hálito de soledad que, como un conjuro, se siente en el poema? ¿Por qué, a pesar de esa presencia sutil de la angustia y la derrota, se siente el clamor de la esperanza? Precisamente no hay en él conocimiento, en el sentido racional del término, sino un cúmulo de sensaciones que se agolpan en las palabras para hacernos reaccionar frente a su exclamación profunda: <i>Hasta cuándo...</i> Y detrás de ella toda una vida que palpita en los recuerdos.</p> <p>En este sentido, <i>Pasajeros del viento</i> refleja una de las características más explícitas del trabajo poético de María Clara González de Urbina, que no es otra que la sutileza con que ella nos desnuda sus más íntimos sentimientos, su particular visión del mundo, y nos hace partícipes de ellos.</p> <p>Se me ocurre pensar que <i>Pasajeros del viento</i> es una intensa y larga reflexión que da respuestas a la vida, a su</p>	<p>vida, y de paso compromete la nuestra. O una catarsis, en el sentido del desdoblamiento a partir de un momento en que la existencia se revisa, se revive y se alimenta de la eterna utopía de la felicidad.</p> <p>En este sentido de búsqueda, me parece que son tres los territorios de las sensaciones que se transitan y evidencian en el poemario: el del pasado, el del presente y el del futuro. Aunque parezca simple, y tal vez obvia, esta división, ella constituye la atmósfera que respiramos al recorrer paso a paso las páginas del libro. Veámoslo:</p> <p>En primer término, se palpa la nostalgia del ayer, necesaria en todo posicionamiento del hombre frente a la realidad, pues se entiende que la sierra nutricia del pasado es necesaria —siempre y cuando no se pernocte en ella más de lo debido—, para abrir la perspectiva del autoanálisis y desembocar en la catarsis creadora. Todo enriquecimiento espiritual surge de la decantación de la vida y, por ende, todo empobrecimiento también transita por ella.</p> <p>Varios ejemplos nos permiten demostrar esta presencia. El primero es la figura del padre:</p> <p><i>Padre Es otoño pero aún escucho llorar tu ausencia a esa pequeña en el eterno jueves de tu partida.</i> [Áncora, pág. 43]</p> <p>Otro, de afianzamiento quizá, es el espacio de la casa paterna:</p> <p><i>Algunas veces vago por la casa de mi infancia en la calle que mira hacia el poniente</i> [...] [Infancia, pág. 47]</p> <p>Y un tercer ejemplo es aquel en que el pasado presiona al futuro, como a una de sus obvias consecuencias, y a través de él se edifica la vida que se vislumbra como la ideal:</p> <p>[...] <i>Tu paso</i></p>	<p><i>de cascabel y gaita era lo que en mi alma acontecía cuando la visitaban de niña los /presagios.</i> [Desde siempre, pág. 81]</p> <p>Por otro lado, es evidente que la lectura nos ubica en el presente, base sobre la cual tome sentido una vida distinta, y cuyos ejemplos nos vuelven a poner sobre el camino de la catarsis creadora o, en otros términos, en un exorcismo necesario en que la poesía se erige como puente para realizarlo.</p>  <p>[...] <i>¡Esta lluvia monótona y pesada parece repetirse en cada gota!</i> [Desarraigo, pág. 39]</p> <p>De pronto el presente se torna premonición, nos sitúa en un futuro predicho, aunque no sea adivinación, pues ya es un hecho cuando se hace conciencia de su realidad:</p> <p>[...] <i>Y entonces yo diré que todo estuvo bien que tuve tardes tibias amaneceres y montañas que a la villa del mar y los /manglares</i> <i>amé</i> [...] [Y entonces yo diré, pág. 89]</p> <p>El tercer territorio de sensaciones es el anhelo del futuro, de ese algo que siempre se presiente, que se busca con ahínco, que puede llegar a hacerse realidad y que surge del desdoblamiento y apropiación de los mundos anteriores: la experiencia vital.</p> <p><i>Si la vida nos regala otro encuentro te dejaré ser tú seré sencillamente yo</i> [...] [Encuentro, pág. 79]</p>

Temas recurrentes

Por supuesto que de estos tres grandes momentos se desprenden muchos desdoblamientos en que la nostalgia, la soledad, el amor o el desamor configuran núcleos temáticos que permiten a la autora el desborde de sus necesidades de expresión, teniendo siempre como horizonte su volver al pasado, su enfrentar el presente y su aspiración de un mundo mejor.

¿Quién, si no el lector, se apropia de su magia?

[...]

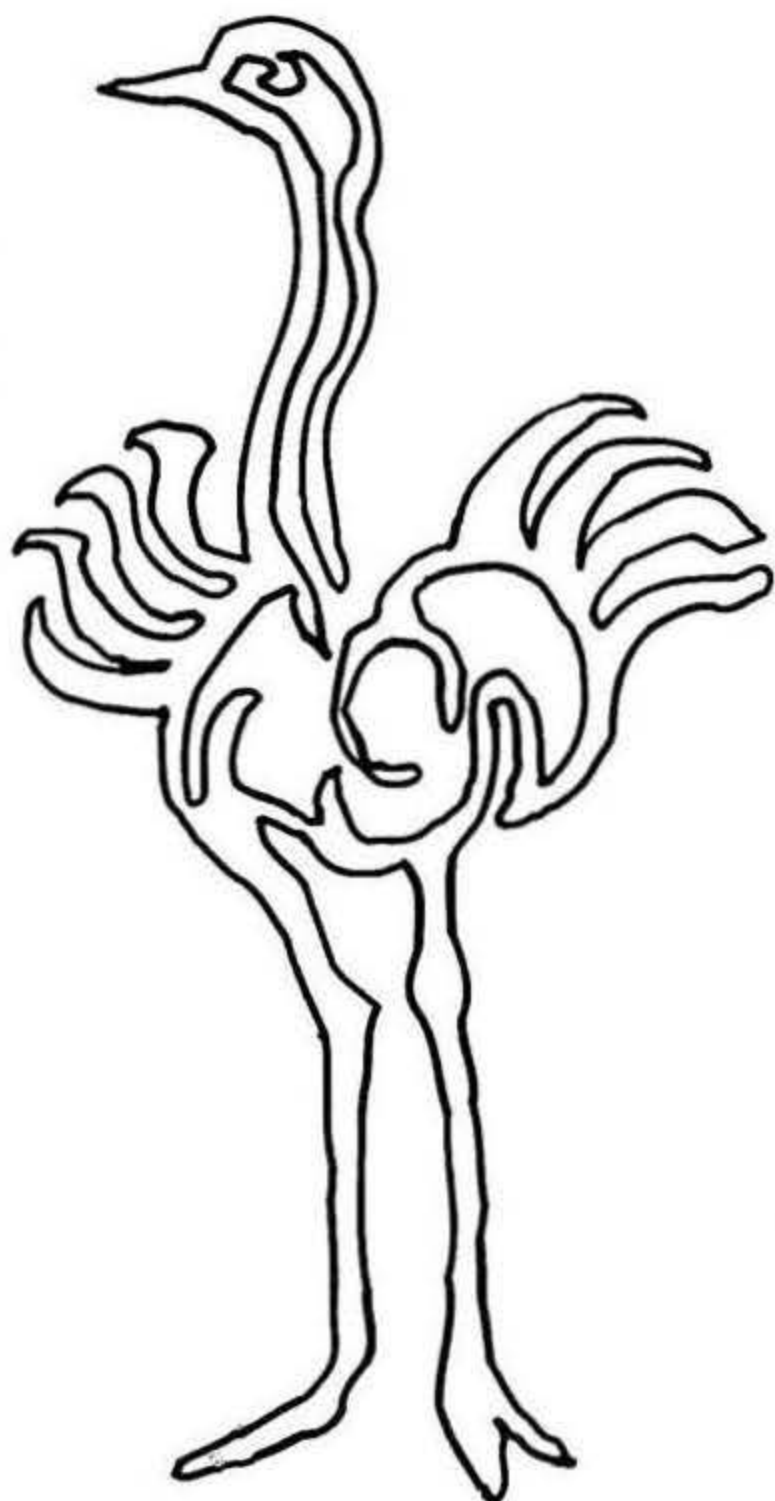
Tierra-madre

mujer-cuna y destino

¡frágil lago de piel y de

/esperanza!

[Danza, pág. 19]



Sí. Frágil lago de piel y de esperanza donde percibimos el intento de dominar un momento de la vida que al sernos revelado por el poema nos identifica con él. Además, es una bella manera de decírnoslo. También comprendemos en sus palabras el porqué del tono íntimo de la poesía de María Clara. Enten-

demos que ella no pretende resolver los grandes enigmas de la humanidad, que quizá acosen a muchos poetas contemporáneos suyos, ni siquiera acercarse a los temas trascendentales que rigen la conducta de las colectividades humanas de este conflictivo fin de siglo.

No es eso, por fortuna, lo que ocurre en la poesía de María Clara. Es la batalla cotidiana por las cosas más nimias, lo que pudiéramos llamar la grandeza de lo común y corriente, que a cada uno de nosotros se nos presenta cada día y que debemos afrontar para vivir mejor, para ser espiritualmente más dignos, para enriquecernos con la magia de sus instantes.

Porque es desde el fondo de un transcurrir personal como María Clara aborda el problema de la existencia que, a no dudarlo, se erige como el problema de muchos y de todos los días y motivo para la identificación en esa comunión entre lector o escucha y el poema.

Visto armadura

Calzo espuelas

Ajusto el yelmo

[...]

[Voces secretas, pág. 23]

La rutina en que vivimos sumergidos es una de las atmósferas que fluye a través de *Pasajeros del viento*.

Esa montaña de mi ciudad de

/lluvias

que me acompaña

camino al trabajo

parece ser la misma cada día

[...]

[Montaña gris, pág. 33]

Temas también como la angustia de la identidad, que nos acosa en diversos instantes de nuestra vida (el qué somos, el para qué y el cuándo, enigmas eternos de la condición humana), apoyan la búsqueda de un lenguaje nuevo que nos acerque al impulso de derrotar al enemigo en las grandes batallas de todos los días.

Con el amanecer

una mujer madura me visita

Sin consultarme

se viste con mi ropa

comparte mis quimeras

me prepara

para que al día siguiente

otra mujer estrene mis

/recuerdos

[...]

[¿Amiga?, pág. 35]

Y, por supuesto, la impotencia que sentimos cuando las palabras parecieran no poder expresar toda la fuerza requerida de nuestra capacidad creadora, nuestra necesidad de asombro frente a la vulgarización del mundo, nuestra búsqueda de la luz en medio de tanta sombra que carcome las relaciones humanas en la cúspide del presente milenio.

[...]

¿Cómo intentar siquiera

/compartir aquello

para lo cual no existen las

/palabras?

Es saberse Garza-mujer

Garza-abandono

Garza-sirena

y de repente no saberse nada

[Trasluz, pág. 41]

Símbolos

Este poemario está surcado de imágenes que, a manera de claves, nos hacen identificar deseos de identidad, en este mundo carente de ideales.

La garza, por ejemplo. Ella es como un talismán de identificación en la que muchas connotaciones de majestad, dignidad y, por qué no decirlo, de debilidad, se dejan entrever en su vuelo imaginario a través de la poesía de María Clara.

[...]

Es esa voz de niña

la que en sueños repite

que fue loto

fue sauce

fue cactus y sirena

y ahora garza peregrina

para compartir contigo

tu arco-iris

[Avatar, pág. 73]

También la casa, como necesidad de un espacio o como símbolo de la intimidad perdida —símbolo olvidado

en la inmensidad del tráfigo modernizante—, y la nostalgia que produce recordarla en medio de una realidad que tiende más al abandono que a su rescate.

[...]
Por si el trópico te reclama
/impaciente
entre sus verdes

O por si acaso es de noche en tu
/morada dejaré la puerta
/abierta.

[Pacto, pág. 83]



La niña como apropiación del pasado, sin cuyo conocimiento no puede darse el paso a otra dimensión, un presente recorrido por la angustia de la soledad, la duda de la sinceridad y el extrañamiento de lo desconocido.

Niña de ojos inquietantes
Quise dejarte el agua
/transparente
en torno a los rincones de tu
/alma
¡para limpiarte siempre de
/dolores!

[...]

[Legado, pág. 45]

El mar, como presencia y anhelo de lo estable, de lo eterno, de lo inmutable, y quizá la necesidad de un viajero que lo atravesase para fungir por siempre en sus orillas el ritual del amor.

[...]
Escucha la canción
que susurran mis manos y mis
/senos

Aprisiona la ternura
Apacigua mi arena ansiosa de
/mar

[Seducción, pág. 65]

La selva y la humedad, el musgo y el agua, como elementos sutiles que edifican el amor y derivan hacia el terreno de lo erótico:

Ojos que no saben de soles
de selvas y humedades
y se niegan a beber
—aunque sedientos—
mi agua cristalina
que se ofrece
generosa y auténtica
 [...]
 [Profecía, pág. 59]

Lo erótico, sí, como realidad e ideal, como presente y futuro a la vez.

Tu llovizna y mi niebla
tu júbilo y mis ojos
Tus ojos y mi vientre
Mis manos y tu cuerpo

En esta estación de un solo
/sueño

Mi entrega de agua
/transparente

Tu fuego
espiral de mis entrañas
 [En la estación de un sueño,
 pág. 69]

Y, finalmente, la palabra que se construye como un oasis en que la autora se refugia para buscar la solución a sus eternos dilemas existenciales con el estandarte eterno de la poesía:

[...]
Abandonarme a ti
como a una nube nueva
y rescatar contigo la esperanza

Olvidar el miedo a los abismos
y aferrarme voraz a las
/palabras
 (Éxtasis, pág. 25)



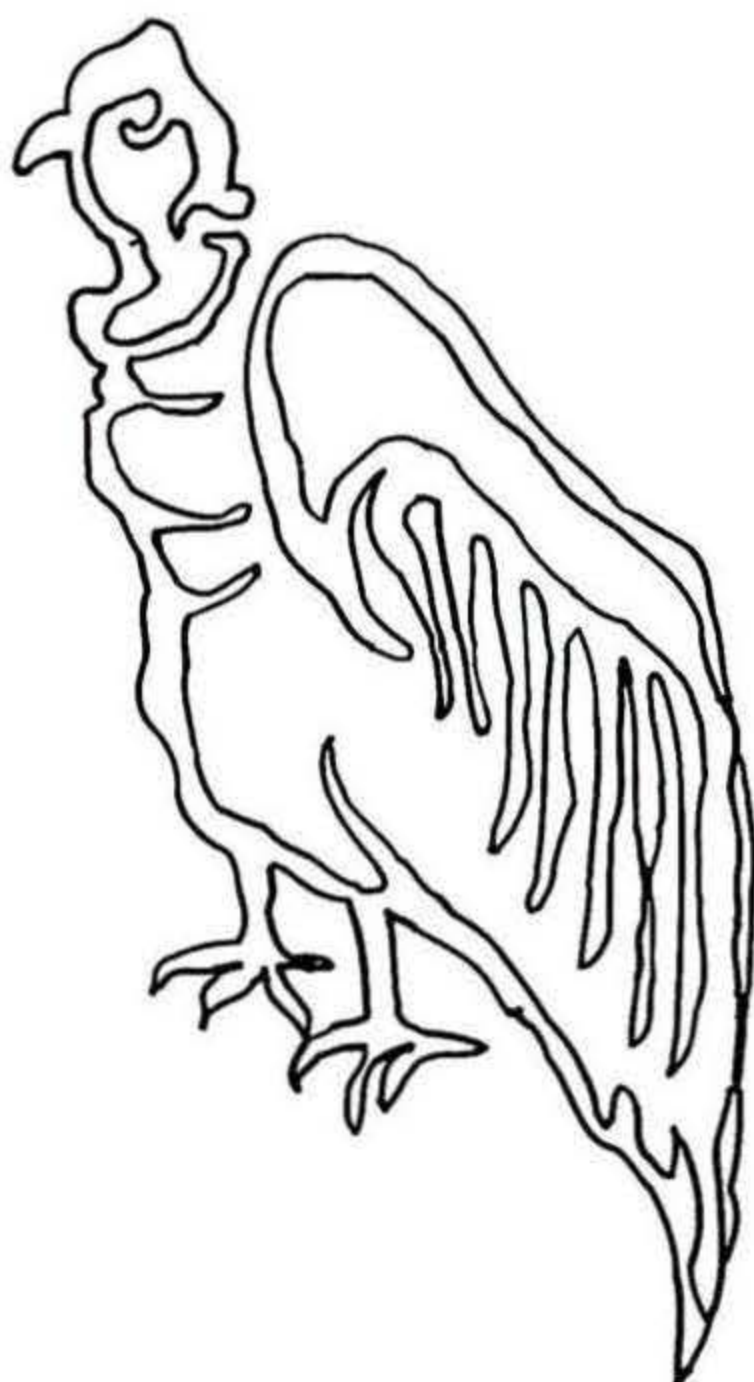
Con la búsqueda de la palabra, como constructora y materializadora de una utopía, llega al clímax, pues con el poema descifra la dicotomía entre cuerpo y espíritu, amor e intelecto, fugacidad y eternidad.

[...]
Este poema
que reposa en mi ser
está por escribirse
hasta encontrar la palabra
que se deshaga tenue
al roce de mis manos
pasajeras del tránsito
y del viento
 [...]
 [Cántiga, pág. 75]

El lenguaje

¿Qué lenguaje nos entrega María Clara para darnos su visión del mundo? El más común que ustedes puedan imaginarse. Y es en esta sencillez donde se percibe otra de las cualidades del poemario: expresar tanto con tan poco, alejada de la grandilocuencia verbal que ha sido nota predominante de la poesía colombiana a través de los tiempos; es decir, lograr expresar tantos sentimientos con las palabras de todos los días.

Sin embargo, no es tan sencillo decir que la sencillez es una de las características del lenguaje utilizado por María Clara en su trabajo poético. Encontrar el término justo, quizá en una economía verbal que le ha exigido mucho rigor y disciplina, muchas revisiones, noches en blanco y unas cuantas resmas de papel al cesto, la lleva a mutar el lenguaje en símbolos semánticos que nacen de la conjunción de palabras que por sí solas no darían la imagen ni el sentido de lo que ella quiere proporcionarnos. Por ejemplo, esto de *Garza-mujer*, *Garza-abandono*, *Garza-sirena*; o esa simbiosis *Tierra-madre*, *mujercuna* y *destino*, construcciones verbales que nos acercan a significados más profundos de los que puedan tener en la cotidianidad del lenguaje.



Por otra parte, es perceptible su necesidad de darles a las palabras, a través de la metáfora, otro destino significativo, como aquello de *Tu llovizna y mi niebla* para dignificar el amor; o detener *la esperanza en la tapicería* para apropiarse de la rutina y destruirla; o fundir *tu hielo/con mi sol escondido* para coquetearle al erotismo; o *tu sangre galopa por el tiempo en busca de mi vientre* para cantarle a la felicidad.

Así, vemos cómo se renueva la palabra y cómo nos llega nítido el sentido de su vida, que puede ser la nuestra.

La autora

La presencia hoy de María Clara González de Urbina, nacida en Bogotá, con este libro, no es improvisada. Recordemos que ya había publicado dos poemarios anteriores: *Pulso interno* (1990) y *Corte en el tiempo* (1993), los cuales le han permitido en estos seis años ubicarse como una de las más prometedoras voces de la poesía colombiana contemporánea.

Por eso pienso que *Pasajeros del viento* es una feliz conjunción entre sentimientos —comunes a cualquier habitante del planeta, lo cual nos obliga por lo menos a mencionar su ascenso a la universalidad— y lenguaje poético o, para decirlo en un lenguaje tan sencillo como el suyo, una bella forma de demostrarnos que la poesía sigue siendo el mejor pretexto para amar la vida.

[...] *¿Y si por fin intentas la
/aventura...
y si la inventas...?*

BENHUR SÁNCHEZ SUÁREZ

“Lo que viene del corazón es bueno”

El país del viento

William Ospina

Colcultura, Santafé de Bogotá, 1992, 66 págs.

Breves días

Gustavo Adolfo Garcés

Colcultura, Santafé de Bogotá, 1992, 67 págs.

“He oído a hombres que dicen verdades evidentes y he sentido que mienten. Y he oído relatos desmesurados, evidentemente inventivos o absurdos, y he creído en ellos sin vacilar, arrastrado por la inocencia”. Estas palabras de William Ospina aparecen en su ensayo *La palabra del hombre*, sobre la

poesía de Aurelio Arturo (Fondo Cultural Cafetero, 1989). *El país del viento* (premio nacional de poesía Colcultura, 1992) es un poemario cargado de esos “relatos desmesurados, inventivos o absurdos”, pero que extrañamente algo en la imaginación nos hace creer en ellos.

La poesía de William Ospina (1954) constituye un caso aparte en la nueva lírica colombiana, una excepción, un volver al espacio clásico, al vocablo primigenio. Nostalgia de pasado y nostalgia de futuro. ¿Narraciones poéticas?, ¿largos poemas en prosa?, ¿pequeños cantos épicos? ¿Cómo nombrar estos personajes históricos que buscan su espacio verbal en el poema?

Las raíces de esta poesía podemos encontrarlas acaso en el paisaje espiritual y físico del romanticismo alemán de un Álvaro Mutis, o en la riqueza sin ostentación y despilfarro del propio Aurelio Arturo y sus ecos anglosajones, o en el lujo y esplendor verbal de las sagas de León de Greiff, o en la retórica bíblica del trópico de un juglar como Jaime Jaramillo Escobar.

Algo recio y avasallador pasa por estas páginas. Cuentos mongoles, siux y dakotas alrededor de una fogata. Baladas inmemoriales: “Los seres de la tierra son el aire y el mar y las llanuras incansables”. Sentimos la duración, el transcurso del tiempo: “Muchos rostros queridos desvaneciéndose debajo del agua”. Es la historia vista desde el mito: “Y este mundo que sangra y muere no es más que otro inútil ocaso”.

Lo épico ronda estas páginas (Lope de Aguirre, Alexander von Humboldt, Walt Whitman) y se reduce, en un tono sereno, a cuento, y se destila en materia poética: “Sólo una sílaba me nombra pero no preguntéis quién soy: Yo estaba aquí desde el comienzo”.

Rigor y transparencia. Depuración en la sintaxis, en el ritmo, sin dejar caer la verosimilitud del relato. Arquitectura de imágenes, casi en fotografías. Frases de largo aliento, enumeraciones, fluidez del lenguaje. Tono íntimo y sobrio, una imaginación enamorada del pasado, de la tradición, podrían ser algunos de los rasgos para esta poesía de William Ospina. Poesía de peso, capaz de convocar a los dioses. Poesía que invita a lanzarse al centro, al corazón, a